

## 1. La paradoja de la creatividad

Afirmábamos en el capítulo noveno que, del mismo modo que la creación artística no surge del voluntarismo ni del empeño personal, pues acontece sin ser forzada ni manipulada, tampoco podemos provocar directamente una comprensión genuina o un acto de amor sincero. Este hecho –añadíamos– revela que cada uno de nosotros, como meros individuos, no somos la fuente creadora última de nuestra propia vida. Explicábamos asimismo que este es el fundamento de la humildad genuina, de la «desapropiación» de nuestros dones, del arte de perder la falsa importancia per-

sonal.

Ahora bien, y volviendo al ejemplo de la creación artística, la inspiración no puede ser forzada, en efecto, pero, a su vez, la obra de arte no se lleva a cabo si somos pasivos. La materialización de la obra necesita que el artista esté receptivo a la idea creadora, que la acoja y la contemple, que persevere en su realización, que lleve a cabo un trabajo regular y sostenido, que domine la técnica y tenga oficio para poder expresar esa idea adecuadamente, etcétera.

Trasladando esta reflexión a todos los ámbitos de la vida: no somos los creadores últimos de las expresiones más genuinas que buscan abrirse paso a través de nosotros, pero estas no llegan a

existir sin nuestra correcta disposición y acción.

Las dos afirmaciones son ciertas, son las dos caras de la misma moneda.

Esta es la paradoja de la creatividad: vivir creativamente, ser un canal de creatividad auténtica, requiere dos actitudes solo aparentemente contrarias: una actitud de máxima *receptividad* – es decir, de escucha y disponibilidad– y una actitud de máxima *proactividad*.

Solo hay creación, en todas las dimensiones de nuestra existencia, cuando se conjugan estas dos actitudes, que se corresponden, respectivamente, con la energía masculina y femenina entendidas en su sentido arquetípico, es decir, como una polaridad energética presente

en todo ser humano.

Pero a la mente dualista se le escapa la paradoja. Para la mente dualista, o bien hago o bien no hago, o soy activo o soy receptivo. En efecto, con frecuencia no integramos estas dos actitudes e incurrimos en uno de los dos extremos: en el voluntarismo o en la pasividad.

El *voluntarismo* capta media verdad, la de que sin proactividad no hay desenvolvimiento. Pero incurre en el error de creer que nuestro desenvolvimiento depende exclusivamente de nuestro esfuerzo, del control de nuestra mente y voluntad personales. Frente al voluntarismo, la proactividad de la que hablamos es desapegada, relajada, flexible, acepta lo que es, está dispuesta a cam-

biar de rumbo cuando sea preciso, se mantiene constantemente a la escucha de la propia guía interna.

A su vez, la *actitud pasiva* de esperar que las cosas sucedan o vengan a nosotros también capta media verdad: la de que, sin receptividad a lo superior, nuestra acción no tiene raíces profundas. Pero pasa por alto que, si bien no somos la fuente creadora última, sí somos sus colaboradores indispensables.<sup>1</sup>

Con frecuencia escucho este tipo de comentarios a personas abiertas a la dimensión trascendente de la vida cuando hablan de sus cambios vitales: «Si algo tiene que suceder, sucederá». Por ejemplo, si anhelan tener pareja y no la tienen, quizá comenten: «Si tiene que venir

alguien a mi vida, vendrá. La Vida (o Dios) me lo traerá». Estas expresiones a menudo son una justificación de la propia pasividad. Se pasa por alto que lo superior no está dissociado de nosotros. La Vida es la fuente creadora última, sí, pero crea a través de nosotros, de nuestros pensamientos, actitudes, decisiones y acciones.

Retomando el ejemplo de la inspiración artística, esperar que las cosas sucedan equivale a que Velázquez se dijera con los brazos cruzados: «Si se tiene que hacer el cuadro de las *Meninas*, se hará». Todos los grandes creadores son conscientes de que su mera persona no es la fuente última de su acción creadora, pero saben, asimismo, que su proactivi-

dad es indispensable para que la obra se realice.

En efecto, la creación genuina, en todos los ámbitos de la vida (y la vida es constante creación), requiere receptividad y proactividad plenas. Dedicamos el capítulo octavo a la primera actitud, a la desapropiación y al silencio del yo. Nos centraremos a continuación en la segunda actitud. Complementaremos todo lo dicho hasta el presente sobre la proactividad interior (cómo ser interiormente activos en nuestros pensamientos y actitudes) con una reflexión sobre la naturaleza de la acción exterior propia de la persona que se vive desde su yo real.

## **2. Los cimientos de la acción sabia y centrada**

Enumeraremos, en concreto, algunos cimientos y requisitos que posibilitan la acción sabia y centrada.

### **Reconocer nuestro poder cocreador**

El primer requisito es *tomar conciencia de que somos cocreadores, reconocer nuestro poder cocreador.*

La inteligencia y la fuerza creadoras que se expresan a través de nosotros son más grandes que nuestra mera persona, pero requieren que nuestra mente y voluntad individuales estén determinadas y enfocadas, requieren de nuestra ac-

ción para manifestarse. En este sentido, cabe afirmar que somos centros focales de esa inteligencia y fuerza creadoras, que somos cocreadores.

Continuamente, a lo largo de nuestro día, estamos cocreando realidades, creando mundos, configurando nuestra experiencia con nuestros pensamientos, actitudes, decisiones y acciones. El miedo a nuestra luz y a nuestro poder –decíamos– a veces se manifiesta como temor a reconocer que somos los «administradores» de un ingente poder creador; es más sencillo pensar que somos poca cosa, que podemos hacer poca cosa; es más cómodo pensar que somos víctimas o que nuestras decisiones diarias (internas y externas) tienen

poco poder. Asumir nuestro poder creador puede dar miedo porque implica embarcarse en un proceso de singularización, responsabilizarse creativamente de la propia vida, asumir nuestra soledad existencial... Para muchos es más cómodo empequeñecerse, mantenerse en la minoría de edad, no singularizarse, sentirse «uno más».

### **Enfocar ese poder cocreador adecuadamente**

Si el primer requisito es reconocer nuestro poder cocreador, el segundo es enfocar ese poder de manera adecuada, en la dirección y en el ámbito apropiados,

esto es, hacer un uso correcto de nuestra voluntad.

Decíamos en el capítulo anterior que amar es «dejar ser». Cuando comprendemos esto, ya no usamos nuestra voluntad personal para forzar a los otros, para cambiarlos, para ajustarlos a nuestras ideas sobre cómo deberían ser (lo cual es una forma de violencia, aunque nos justifiquemos en que «queremos lo mejor para ellos»). Cuando dejamos de utilizar de este modo erróneo nuestra voluntad, se libera mucha fuerza creativa y tenemos la posibilidad de orientarla en la única dirección con sentido: nos volcamos en lo que depende de nosotros, en configurar creativamente nuestra propia vida. No la consumimos intentando

cambiar a los demás. Tampoco la invertimos en fantasías irrealizables.

Por ejemplo, si alguien no es feliz en una relación y esta situación se mantiene a lo largo del tiempo, pretender cambiar al otro e instalarse en la queja es más sencillo, para quien no quiere abandonar la «minoría de edad», que responsabilizarse de forma proactiva de la propia vida, lo que quizá implica tomar la decisión de poner fin a esa relación y establecer las condiciones de una vida fecunda y feliz.

### **Tener una dirección clara en nuestra acción**

El tercer cimiento es que nuestra acción

tenga una dirección clara. Es fundamental tener claridad sobre nuestras prioridades y nuestra escala de valores, sobre a dónde vamos, qué es lo que queremos realmente hacer y cuál es nuestro lugar en el plan de las cosas. Como afirmaba Séneca, «Ningún viento es propicio para el que no sabe a dónde va».<sup>2</sup>

Ahora bien, ¿cómo conocer esa dirección? Esta pregunta nos remite al siguiente requisito.

### **Sostener esa dirección en la escucha de nuestra guía interna**

El cuarto requisito es que nuestra acción esté guiada por la escucha de nuestro sentir profundo.

¿A qué actividades nos llama nuestro yo profundo (no nuestro yo-ideal)? ¿Cuál es la dirección que nos proporciona alegría serena y energía estable (no hablamos de la excitación que acompaña al fomento del yo-ideal)? ¿En qué actividad o actividades experimentamos este contento del corazón?

Experimentar alegría serena en una actividad no significa que esta sea fácil, que por momentos no sintamos miedo, que excluya la disciplina, el esfuerzo y los momentos áridos. Nos referimos a aquellas actividades que obedecen a un impulso que surge de lo más íntimo y que nos insta a movilizar nuestros dones más propios, a contribuir con lo mejor de nosotros. De hecho, cuando no

seguimos este impulso, sentimos falta de paz y de satisfacción profundas (si somos personas sensibles, incluso enfermamos anímica o físicamente).

Nos podemos sentir llamados a cosas muy diferentes: al servicio, a las relaciones de ayuda, al cuidado de la familia, de otras personas o de la naturaleza, a la educación, a una actividad creativa (pintar, escribir, componer, diseñar, actuar, cocinar...), al compromiso activo con la justicia, a incidir directamente en los cambios sociales o políticos, a la actividad científica, a filosofar, a investigar, a crear entornos bellos y armónicos, a la creación de negocios que aporten valor a la sociedad, a liderar una causa en la que creemos, a secundar y apoyar causas en

las que creemos, etcétera.

Muchas personas no reconocen qué es aquello que les permite contribuir de forma alegre y significativa porque no se sienten llamadas a una actividad específica. Pero estas personas siguen teniendo una vocación clara: la de movilizar sus mejores cualidades en las acciones que lleven a cabo. En estos casos, es importante que elijamos una actividad de entre las varias que permiten que encaucemos nuestros dones y que nos comprometamos firmemente con ella.

Es fundamental no incurrir en el error de establecer falsas categorías: importante o menos importante. Por ejemplo, ¿son más importantes las labores públicas que las labores de cuidado? En

absoluto. Estas últimas, de hecho, se ocupan de lo más importante. Que no nos engañe la falsa escala de valores dominante. Podemos estar llamados a realizar una tarea anónima, que no proporciona brillo aparente en el mundo; o, a la inversa, quizá para llevar a cabo nuestra tarea tenemos que vencer la resistencia a exponernos, a salir del anonimato.

«Todo el mundo es un genio. Pero si juzgas a un pez por su habilidad para trepar árboles, vivirá toda su vida pensando que es tonto e inútil».<sup>3</sup> Efectivamente, todo el mundo tiene dones para algo; todo el mundo es un genio en algo. Pero a veces no reconocemos nuestros dones porque nos medimos con parámetros falsos: con la escala de valores

de nuestro entorno inmediato, con la de nuestro yo-ideal, con lo que más se valora en el escaparate social, con lo que creemos que nos otorgará más aprobación externa, etcétera.

### **Ponernos a ello**

El quinto requisito es el de ponernos a ello con flexibilidad y confianza. Cuando comprendemos cuál es la dirección que hemos de seguir, cuál es la actividad a la que nos orienta nuestra verdad profunda, y cuando comprendemos que tenemos que sostener esa dirección y esa acción en la escucha de nuestra guía interna, el siguiente requisito es, sencillamente, el de ponernos a ello. Y ponernos

con confianza, sin tener ninguna duda de que daremos los frutos que tenemos que dar porque eso es lo que la vida quiere, porque tenemos como aliada a la realidad, que quiere abrirse paso de esa manera a través de nosotros; y también con flexibilidad, porque la forma en que vamos a desenvolver esos dones a menudo no se va a corresponder con el modo, los tiempos y el ritmo que habíamos imaginado.

Sea como sea, nos comprometemos firmemente con ello, lo que implica estructurar nuestra vida en función de eso y, al mismo tiempo, simplificarla, eliminando lo que nos distrae de esa dirección prioritaria que queremos dar a nuestra vida, de lo realmente impor-

tante. En estos tiempos de aceleración, ruido e hiperactividad es fundamental tener presente que la simplicidad es una profunda necesidad espiritual.

### **Hacer todo lo que podamos hacer hoy**

El sexto requisito es comprender que, puesto que solo el ahora es real (el recuerdo del pasado y la anticipación del futuro acontecen siempre ahora), únicamente podemos actuar en el presente.

Una vez clarificado a qué nos llama nuestro yo profundo, y una vez comprometidos con avanzar en esa dirección, es muy importante recordar que nuestro lugar de poder es el presente. Dicho de otro modo, en este compromiso, nos

centramos exclusivamente en lo que podemos hacer hoy.

Ahí ponemos toda nuestra energía y atención.

No perdemos tiempo en lamentar lo que hicimos o no hicimos.

No nos entretenemos cavilando sobre todo lo que tendremos que hacer en el futuro (lo que conduce a la pasividad y al desánimo en el presente).

### **Hacerlo bien**

Hacemos cada día lo que podemos hacer ese día, y, además –y este es el séptimo requisito–, lo hacemos bien, de modo que cada acción sea un acto bello y culminado.

Nuestras acciones diarias son de muy diverso tipo: nuestro trabajo, cuidar nuestros vínculos, las actividades lúdicas, las ordenadas al cultivo de nuestra mente y de nuestro espíritu, las que nos permiten avanzar en dirección a nuestro objetivo vital fundamental, el arreglo personal, limpiar, comprar, cocinar...; llevamos a cabo actividades orientadas a satisfacer nuestras necesidades físicas, emocionales, mentales y espirituales, nuestras necesidades de crecimiento y de contribución, etcétera.

Pues bien, lo único que nos demanda el camino de la acción sabia es que hagamos hoy lo que podamos hacer hoy.

Y que, además, lo hagamos bien.

No hablamos de perfeccionismo, porque ninguna acción humana es perfecta, tampoco de remitirnos a referentes ideales de corrección, sino, sencillamente, de culminar cada acción: que cada acción sea un círculo que se cierra, una acción lograda, una acción bella. Y sin diferenciar entre acciones superiores e inferiores. Todas pueden ser igualmente acciones culminadas.

Hacer todo lo que podamos hacer hoy en ningún caso implica hacer mucho. De hecho, hacer mucho es incompatible con hacer las cosas bien, serena y bellamente. A hacer mucho es a lo que a menudo impele la avidez del yo-ideal. Hacerlo bien, en cambio, equivale a no pretender hacer más de lo que podemos

hacer con paz y felicidad.

Y cuando nos centramos en la acción presente, en hacer lo que podemos hacer hoy y en culminar cada acción, descansamos plenamente en el presente y dejamos que el futuro cuide de sí mismo.

Así que no os agobiéis por el mañana porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su afán.

MATEO 6, 34

Si cada día nos centramos en lo que podemos hacer ese día y en que cada acción sea completa, se tratará de un día logrado.

Solo cuando hacemos lo que podemos hacer hoy y culminamos cada acción,

estamos en paz con nosotros mismos y con nuestra vida.

### **Desapegarnos del resultado de la acción**

Centrarnos en la acción presente solo es posible si nos desapegamos del resultado y del fruto de nuestras acciones.

No hay que interpretar mal el significado de este desapego. No hablamos de que no nos incumba que nuestra acción sea eficaz (por ejemplo, si construimos un puente, nos concierne que cumpla su función; entre otras cosas, que la gente que transite por él no resbale y se caiga, como sucede en el puente de la Constitución de Venecia). Significa que las consecuencias indirectas que trae consigo

nuestra actividad (estatus, éxito, poder, reconocimiento externo...) no son nuestro objetivo; significa que no buscamos directamente estos resultados con el fin de recrearnos en ellos, engrosar nuestra autoimagen y alimentar un yo-ideal.

Pondremos algunos ejemplos de apego al resultado de la acción:

No ayudo a los demás desinteresadamente, por el bien del acto mismo, sino que estoy a la espera de que se reconozca mi labor para cultivar ante los demás un «yo-ideal bueno».

Si soy un científico, no investigo y comparto mis conocimientos para servir a la verdad, con honestidad, dedicación, amor y seriedad, sino que estoy esperando renombre, reconocimiento y

fama. Por ejemplo, quizá manipulo ligeramente los datos para que un artículo científico me cuadre, o quizá envidio a otros científicos que percibo como la competencia.

O medito para iluminarme.

O me comporto bien para que Dios me otorgue un lugar en el cielo.

O, si soy político, actúo en función de las encuestas porque me interesa el poder, no la acción justa en sí.

El camino descrito resuena con la propuesta india del *karma yoga* o yoga de la acción, bellamente expuesta en la *Bhagavad Gita*. En esta obra, Krishna se dirige a Arjuna y le instruye acerca de cuál es el secreto de la acción pura: se recorre el «sendero de la acción» cuando

se realizan las acciones diarias, aquello que cada cual ha de hacer, abandonando el apego a los resultados de las propias obras. Quien procede de esta manera convierte sus acciones en una ofrenda, en un acto de amor devocional.

Te enseñaré la Verdad que hace que una acción sea pura y esta verdad te hará libre. [...]

Aquel cuyas intenciones están libres del deseo y la codicia [...] Un ser humano tal, que ha renunciado al fruto de sus acciones, está siempre contento, libre de envidia y de toda dependencia. Aunque interviene en la acción, no actúa.

[...] Se contenta con cualquier cosa que el destino le depara, pues está más allá de la dualidad de este mundo. Se muestra íntegro tanto en el éxito como en el fracaso, sin

ningún síntoma de codicia y de celos. Sus acciones no le atan.

Esto es liberación. Su mente ha encontrado paz en la sabiduría y está libre de toda atadura; sus obras son actos de amor devocional. Las acciones de un ser humano así son puras.

[...] El devoto que renuncia al fruto de sus acciones consigue la paz eterna. Por el contrario, quien, acuciado por sus deseos y carente de devoción, busca la recompensa de sus acciones, se encadena a la esclavitud del apego a los resultados.

*Bhagavad Gita*

Quien pone su fin en la acción misma, prosigue Krishna, comprende: «yo no hago nada»; mi mente, mis sentidos, mi cuerpo, mi razón «son tan solo los sirvientes de mi alma».

Cuando las actividades diarias se realizan sin apego a los frutos de la acción, la motivación se vuelve pura: nuestras acciones se convierten en una forma de donación, de entrega y de servicio. De nuevo, no ponemos la acción al servicio de nuestra persona, sino que nos ponemos nosotros al servicio de la acción valiosa en sí.

Las claves ofrecidas son sencillas, pero muy poderosas cuando se llevan a la práctica. Abren todo un camino de vida: el de la entrega y la paz a través de la acción.